

Así, pues, el alejamiento del ejército francés, la custodia de París confiada a la milicia nacional, un silencio completo sobre el futuro gobierno de la Francia, y como cosa sobrentendida el restablecimiento de los Borbones, eran las bases principales bajo las cuales pensaba el duque de Wellington que podría concluirse un armisticio; y encargó a los comisarios que lo declarasen así al gobierno provisional, quitándole toda esperanza de obtener otras condiciones. Después les enseñó una carta de Mr. de Metternich y de Mr. de Nesselrode, fechada en 26 de junio y escrita en vista de la abdicación de Napoleón, en la que ambos ministros recomendaban a los generales aliados que no reconociesen a ninguna de las autoridades, simuladas ó no, que sucediesen al emperador destronado, y que no interrumpiesen las operaciones militares hasta entrar en París y hallarse en posición de hacer que los franceses admitiesen el único gobierno admisible para las potencias europeas. No había, pues, esperanza de salir mejorados con la llegada de los soberanos, y es inútil añadir que en presencia de estas declaraciones era imposible encontrar un medio de arreglar la cuestión con el abandono de las plazas de la frontera. Nada se habló de este abandono, porque el general inglés no quería ser dueño de Metz ó de Estrasburgo, sino de París, para restablecer en esta capital a los Borbones, y repitió al enviado Macirone y a todos los agentes secretos del duque de Otranto lo que había declarado a los comisarios. Deseaba el restablecimiento de los Borbones con el menos aparato posible de fuerza extranjera y con un verdadero régimen constitucional, como el que consideraba bueno para la Inglaterra. En cuanto a lo que concernía a Mr. Fouché, repetía que los Borbones no deseaban otra cosa que deberle favores y atestiguarle su gratitud de un modo positivo. Mr. de Talleyrand había sido el hombre del exterior, Mr. Fouché sería el del interior, y los dos considerados como los salvadores de la monarquía.

Mientras que esto pasaba en el cuartel general del duque de Wellington, el mariscal Blücher, descontento de unas negociaciones de las que en cierto modo se veía excluido, y que por lo demás debían privarle de entrar en París como vencedor, dificultaba todo lo posible las comunicaciones de los comisarios franceses, hasta tal punto que éstos no conseguían sin gran trabajo comunicar a Mr. Fouché el resultado de sus entrevistas con el duque de Wellington y pedirle nuevas instrucciones. El mariscal no se contentaba con esto solo, y al paso que estorbaba la negociación en todo lo que de él dependía, procuraba cortar el nudo con la espada prusiana, trasladándose a la orilla izquierda del Sena. Con este propósito envió toda su caballería para que se apoderase de los puentes. Los de Sevre, de Saint-Cloud y de Neuilly habían sido fortificados, los de Besóns y de Chatou quemados; pero el de Pecq, que con arreglo a las órdenes del mariscal Davout hubiera debido ser destruido, no lo fué gracias a la resistencia de algunos habitantes de Saint-Germain, los unos preocupados por un interés puramente local y los otros por un culpable interés de partido. La caballería prusiana atravesó, pues, Saint-Germain y se dirigió hacia Versailles. Se arriesgaba muchísimo, como no tardaremos en ver, pero había conquistado el pasaje del Sena, y París se hallaba amenazado por la orilla izquierda, es decir, por su lado más débil.

En París se aguardaba con impaciencia el resultado de las negociaciones entabladas para obtener un armisticio, y se irritaban por no saberlo. Mr. Fouché no dudaba cuál podía ser, porque aunque el general Tromelin y el agente Macirone habían logrado atravesar las avanzadas y habían acudido a toda prisa a comunicarle las exigencias del general británico, sin embargo, los correos de los negociadores del armisticio no habían podido todavía penetrar en París, y como no sabía nada oficial, se aprovechaba de esta circunstancia para no decir nada a las cámaras, y se limitaba a repetir en torno suyo que no podría salirse del apuro a no admitirse a los Borbones, sin perjuicio de exigirles buenas y tranquilizadoras condiciones.

Este lenguaje irritó en extremo a los revolucionarios; mucho menos a los liberales, que sólo deseaban la libertad bajo cualquier dominación, pero despertó tanto en los unos como en los otros universales desconfianzas. Comprendiendo Mr. Fouché que aparecía sospechoso, su incertidumbre era mayor, y aunque no descubría otro medio de salir del paso que el restablecimiento de los Borbones, no se atrevía a tomar una resolución, y procuraba servirse del mariscal Davout, quien en su calidad de general en jefe, conociendo mejor que nadie la dificultad de oponer resistencia al enemigo, y hallándose dotado con un carácter incapaz de ocultar nada, era muy apto para contribuir atrevidamente, y de ello tenía pruebas, al restablecimiento de los Borbones. Pero en vez de acudir al mariscal por el camino de la honradez, de la franqueza, le asediaba con maquinaciones de todos géneros, y le enviaba sin cesar a Mr. de Vitrolles para que le excitase por bajo de cuerda a hacer la declaración. No era esto conducirse de un modo conveniente para triunfar; por el contrario, hasta era exponerse a sufrir accidentes capaces de comprometerlo todo; y con efecto, la frecuente presencia de Mr. de Vitrolles en casa del mariscal provocó uno que estuvo a pique de producir las más deplorables consecuencias.

La asamblea envió, como recordarán nuestros lectores, representantes para que viesan al ejército, le llevasen proclamas y le consolasen de la ausencia de Napoleón I, asegurándole que trabajaban en favor de Napoleón II. Estos representantes, dirigiéndose a la Villette, al cuartel general del mariscal Davout, encontraron a Mr. de Vitrolles, y se sorprendieron muchísimo al hallar en compañía del mariscal a un realista tan conocido y a quien creían en Vincennes. Trabaron con él una conversación que no tardó en degenerar en un altercado violento, expresaron su asombro al mariscal, fueron mal recibidos por él, visitaron a las tropas, que les aplaudieron con entusiasmo al oírles hablar de Napoleón II, y después regresaron a las dos cámaras, a las que informaron de cuanto les había sucedido, comunicándoles sus desconfianzas. En el primer momento pensaron acusar a la comisión ejecutiva de flagrante traición, pero no se atrevieron a dar este escándalo y se limitaron a hablar de una *mano invisible* que paralizaba la defensa y amenazaba la seguridad de la capital y de los poderes establecidos. Como decían que el ejército, extenuado de fatiga, sólo se reanimaba al escuchar el nombre de Napoleón II, «Imitémosle, exclamaron muchos representantes, y gritemos: ¡Viva Napoleón II!» La asamblea se levantó en masa, y renovó de este modo sus compromisos

con la dinastía imperial en la persona del niño prisionero. En el seno de la comisión ejecutiva se explicaron más claramente, y el suceso ocurrido en la Villette dió lugar a una escena de las más vivas. Carnot, fuertemente agitado por las circunstancias, y tan pronto dispuesto a soportar a los Borbones como a calificar de traición todo cuanto tendía a restablecerlos en el trono, acusó a Mr. Fouché de lo que había pasado en el cuartel general de la Villette, y preguntó por qué razón se hallaba en este sitio Mr. de Vitrolles, qué es lo que allí hacía, quién le había devuelto la libertad y con qué objeto se la habían devuelto. Mr. Fouché, cuya sangre no se acaloraba frecuentemente, acabó por irritarse a su vez. «¿A quién culpáis?, dijo a Carnot. ¿Por qué atribuir a todo el mundo la dificultad de las circunstancias? Ya que no sabéis conservar vuestra sangre fría, y que necesitáis alguno con quien armar polémica, id a atacar al mariscal Davout al frente de sus tropas y acaso encontraréis con quién hablar. Si es a mí a quien acusáis, hacedlo en presencia de las cámaras y yo os responderé.» Esta réplica no satisfizo, pero acalló a Carnot, quien como sus colegas sucumbía bajo la violencia y la falsedad de la situación. No querer a Napoleón ni a los Borbones era una doble negación que por todo resultado producía la nada. Carnot no tenía que acusarse de la primera, pero obstinarse en la segunda no era digno ni de su inteligencia ni de su patriotismo.

Sin embargo, era preciso concluir de una vez, y monsieur Fouché, comprendiendo más que nadie, a pesar de su incertidumbre, que había necesidad de salir de una situación tan peligrosa, porque tenían por una parte a los ejércitos enemigos próximos a atacar a París y por la otra a la cámara de los representantes, dispuesta a pasar del abatimiento a las más insensatas determinaciones, resolvió provocar una formal conferencia con los jefes militares para obligarles a dar su parecer respecto de la cuestión esencial del momento. ¿Podía ó no podía defenderse París? Si podía era preciso combatir, si no rendirse. Con efecto, no había otro modo de salir de este laberinto, y presentar la cuestión bajo esta fase era oportuno; pero faltaba la franqueza en el hombre que daba este paso, la franqueza que abreviando la dolorosa angustia de los ánimos hubiera salvado la dignidad de todo el mundo, harto comprometida por estas largas tergiversaciones.

Hay que advertir que las circunstancias, mejorándose respecto de ciertos puntos, habían llegado a hacer menos fácil la solución imaginada por Mr. Fouché. En vista de los alarmantes informes del mariscal Grouchy, habían creído en derrota el ejército que se replegaba hacia París é incapaz de encargarse de la defensa de la capital; pero al verle formaron de él una idea mejor. El cuerpo de Vandamme, anteriormente cuerpo de Grouchy, no había sufrido pérdidas en su personal ni en su material, estaba inconsolable por no haberse encontrado en Waterloo, y quería a toda costa verter su sangre bajo los muros de París. Las demás tropas procedentes de Waterloo habían recuperado su organización y su denuedo. Unas y otras reunidas, después de las pérdidas que habían sufrido en la retirada desde Laón a París, ascendían a cincuenta y ocho mil hombres, y nada había seguramente que los igualase en valor y en energía moral. Al escuchar el nombre de Napoleón II renacía

su efervescencia; pero cualquiera que fuese el soberano que se les destinase, se sentían asaltados por una especie de rabia al ver a los prusianos y a los ingleses. En los depósitos que se habían replegado hacia París encontraron unos doce mil hombres, y con este repuesto formaban las tropas de línea disponibles un número de sesenta mil hombres. Además estaban armados con el título de tiradores de la milicia nacional cerca de seis mil confederados, y si una desconfianza injusta no hubiese detenido al gobierno, nada le hubiera sido más fácil que armar a quince mil lo menos. Para el servicio de la artillería se podía contar con algunos miles de artilleros de la marina, de los veteranos y de las escuelas. No era, pues, imposible reunir noventa mil hombres delante de la capital, sesenta mil de los cuales podían ser conducidos a voluntad a cualquiera de las dos orillas del Sena. En la de la derecha, es decir, en el lado que primero se presentaba el enemigo, estaban ya las obras de defensa concluidas y armadas. En la de la izquierda, por el contrario, apenas habían sido trazadas; pero esta orilla ofrecía a falta de fortificaciones un medio de defensa considerable, la travesía del Sena. Con efecto, para operar en la orilla izquierda necesitaba el enemigo traspasar el Sena, y al verificar este pasaje quedaba dividido en dos porciones, situación de las más peligrosas y de la cual no podía dejar de sacar gran partido el general francés. Napoleón, dirigiendo las operaciones con setenta mil hombres en las dos orillas del Sena, hubiera sin duda alguna derrotado a uno de los dos ejércitos enemigos, y probablemente a los dos. Pero aun faltando Napoleón, un hombre tan experimentado y tan fuerte como el mariscal Davout podía oponer una gran resistencia, por lo menos mientras no le hubieran atacado más que los ejércitos del duque de Wellington y del mariscal Blücher.

El mariscal Davout dejó en la orilla derecha del Sena las tropas procedentes de Waterloo, colocó a Vandamme con el antiguo cuerpo de Grouchy en la orilla izquierda y formó su reserva con la guardia imperial en el campo de Marte, estableciendo un puente de barcas al lado del de Jena para facilitar los movimientos de una orilla a la otra. Además su artillería de grueso calibre estaba en las alturas de Auteuil para que barriese la llanura de Grenelle, en el caso de que el enemigo, presentándose por la orilla izquierda, atacase con fuerza a Vaugirard.

Como recordarán nuestros lectores, los prusianos se habían apoderado del puente de Saint-Germain y querían operar en la orilla izquierda con sesenta mil hombres, mientras que los ingleses amenazaban por la orilla derecha con cincuenta mil. Las rápidas marchas, algunos combates, y la ocupación de muchos puntos, habían reducido los dos ejércitos invasores a ciento diez mil combatientes.

¿Había alguna probabilidad, en este estado de cosas, de defender a París victoriosamente? Con miras más decididas, con una resolución más formal de parte del Gobierno, con algunas precauciones militares que aumentasen el número de las que ya se habían tomado, no cabe duda que se hubiera podido detener a los ejércitos inglés y prusiano, llegando hasta el punto de castigar gravemente su temeridad. Con efecto, las alturas de Montmartre, de Belleville y de Charonne estaban com-

pletamente fortificadas; pero las cercanías de la Villette, de la Chapelle y sobre todo las del canal de Saint-Denis hubieran debido ser mejor defendidas. Con un cuidado más exquisito en esta parte de la defensa, hubieran hecho imposible cualquier ataque por la orilla derecha, y no teniendo motivo alguno para abrigar temor por lo que pudiera ocurrir en esta orilla, dejando en ella únicamente los depósitos, los tiradores y los confederados, los cincuenta y ocho mil hombres del ejército de Flandes hubieran podido trasladarse por completo á la orilla izquierda para oponerse al ejército prusiano. Como en este lado era indispensable maniobrar para rechazar al enemigo hacia el Sena, había necesidad de separarse una ó dos leguas de Vaugirard y de Montrouge, y por lo tanto de levantar algunas fortificaciones que cubriesen esta parte de París. Así, pues, terminando las obras de defensa de la orilla derecha y comenzando algunas otras en la izquierda, dando además las armas necesarias á un número mayor de confederados, hubieran podido dejarse veinticinco mil hombres en la orilla derecha, contando con setenta mil en la izquierda para derrotar en ella á los prusianos, y derrotados éstos, los ingleses se hubieran visto expuestos á un desastre.

Pero aun en este caso, ¿había probabilidades de conseguir un éxito formal y verdaderamente provechoso para el país? Por el Este llegaban doscientos mil enemigos, cincuenta mil de los cuales, á las órdenes del mariscal de Wrede, sólo se hallaban á cuatro ó cinco jornadas de París. Aun intentando un golpe desesperado y llevándole á cabo con fortuna, ¿no se corría el peligro de sucumbir más desastrosamente algunos días después por querer tomar una venganza ruidosa de la derrota de Waterloo? Si después de un gran triunfo hubiera estado allí Napoleón para aprovecharse del ímpetu recuperado por las almas, no hubiera sido imposible hacer frente á la coalición; pero habiendo partido Napoleón á Rochefort, un triunfo conseguido bajo los muros de París no hubiera producido probablemente más resultado que el de irritar á la coalición, agravando la deplorable condición de los franceses.

Sin embargo, se concibe que en una situación como la que la Francia ocupaba entonces se inclinaron los ánimos á sostener una desesperada lucha, se concibe que se expusiese á los más graves peligros para descargar sobre los prusianos y los ingleses un golpe mortal que consolase de Waterloo, aunque al siguiente día se tuviese que sufrir una suerte más dura.

En este conflicto se hallaba el alma del inflexible defensor de Hamburgo, entonces defensor de París. Acusar á un hombre como él de debilidad ó de cobardía, no es más que una locura del espíritu de partido. Comprendía perfectamente el pro y el contra de la posición; palpaba la ventaja de tener que batirse con enemigos divididos entre las dos orillas del Sena y no pudiendo comunicarse sin gran dificultad de una orilla á la otra para prestarse mutuamente auxilio; mientras que el ejército encargado de la defensa de París, dueño de todos los pasajes, contaba con los medios de dirigirse en masa contra las tropas aliadas que se atreviesen á presentarse en la orilla izquierda y podía hacerles experimentar un cruel descalabro.

Como general se hallaba inclinado á dar una batalla

que tantas probabilidades de éxito ofrecía; como ciudadano veía, si no triunfaba, el peligro de exponer á París al furor de la soldadesca prusiana, y aun en el caso de una gran victoria, la poca consecuencia de esta victoria para la continuación de la defensa, porque en el espacio de quince á veinte días debían llegar sucesivamente doscientos mil coligados. Estaba, pues, perplejo, y el soldado y el ciudadano se hallaban en continua oposición. Además desconfiaba y miraba con disgusto á Mr. Fouché, á quien había ofrecido un medio franco y leal de poner fin á la crisis, haciendo una declaración sincera á las cámaras, y proponiéndoles pura y sinceramente el restablecimiento de los Borbones bajo condiciones honrosas y tranquilizadoras. Ahora bien, monsieur Fouché, después de haber acogido este medio lo había evadido con los más pueriles pretextos, y mientras que secretamente prometía á los agentes realistas cuanto le pedían, públicamente trabajaba con el fin de hacer recaer sobre el jefe militar la responsabilidad de los acontecimientos, obligándole á declarar la imposibilidad de la resistencia. El mariscal estaba, pues, dudoso respecto de la resolución que convendría tomar y profundamente irritado contra Mr. Fouché, quien en vez de aceptar el medio sencillo y honrado de decir la verdad á las cámaras, tomaba mil senderos tortuosos, y haciéndose valer por debajo de cuerda para con los realistas, pretendía al mismo tiempo que á los ojos de los revolucionarios y de los bonapartistas que fuera el comandante en jefe del ejército de París quien se negase á combatir y propusiese la sumisión de todos á la voluntad del enemigo.

Tal era la disposición en que se hallaba el mariscal cuando recibió el 1.º de julio por la mañana una invitación del duque de Otranto para que se presentase en el seno de la comisión ejecutiva con el fin de deliberar sobre la grave cuestión de saber si era necesario resistirse ó ceder á las exigencias de los generales enemigos. El mariscal Davout, tratando á Mr. Fouché como Mr. Fouché trataba frecuentemente á sus colegas de la comisión, con cierto descuido altanero, no se apresuró en asistir á una sesión en la que preveía poca franqueza y poca formalidad. Por otra parte, habiendo establecido su cuartel general en Montrouge, se hallaba ocupado en colocar sus tropas, en examinar las posiciones en donde debían combatir, y empleó la mañana en desempeñar su papel de general en jefe, más bien que el de miembro del gobierno que no era más que accesoriamente el suyo.

Viendo la comisión ejecutiva la poca diligencia del mariscal en responder al llamamiento de Mr. Fouché, le dirigió en su nombre colectivo una nueva invitación pidiéndole que se presentase sin pérdida de tiempo, y esta vez no tardó en acudir. Eran las doce del día, y habían sido convocados á la sesión, además de la comisión ejecutiva, los ministros, las mesas de las dos cámaras, el mariscal Massena, comandante de la milicia nacional de París, el mariscal Soult, el mariscal Lefebvre, los generales Evain, Decaux, de Ponthón, estos últimos encargados de los servicios de la artillería y de los ingenieros; y no llamaron al mariscal Ney, cuyas palabras habían comprometido con extremo á la autoridad en la cámara de los pares.

Cuando todos estuvieron reunidos, el duque de

Otranto expuso el objeto de la reunión, y sin revelar enteramente el resultado de las negociaciones entabladas por Mr. Boissy d'Anglès, Mr. Valence, Mr. Andreossy, Mr. Flaugergues y Mr. de la Besnardiere en el cuartel general del duque de Wellington, no ocultó que los dos generales enemigos se mostraban á cada instante más amenazadores; que no estaban dispuestos á firmar el armisticio á menos de que se les entregase París, es decir, la residencia del gobierno, para hacer en ella lo que les conviniese. No había necesidad de muchas explicaciones para comprender que no se trataba de poner á París á sangre y fuego, sino de llevar á cabo en esta capital una revolución.

Después de exponer la cuestión con suma brevedad, Mr. Fouché aguardó á que cualquiera de sus colegas hiciese uso de la palabra; pero no queriendo ninguno apresurarse á emitir su dictamen sobre un asunto de tanta gravedad, callaron todos, y entonces Mr. Fouché provocó la manifestación de las opiniones, interpellando preferentemente á los miembros de la reunión que pertenecían á la cámara de los representantes, porque eran los hombres á quienes le importaba comprometer. Se dirigió con especialidad á Mr. Clement du Doubs (1), hombre sincero y considerado, miembro de la mesa de la segunda cámara; y Mr. Clement declaró que siendo la cuestión militar, los jefes del ejército debían discutir, pareciendo excitar al ilustre Massena para que emitiera su parecer. El inmortal defensor de Génova, que había visto volver á los Borbones con sentimiento en 1814 y á Napoleón con más pesar aún en 1815, comprendía perfectamente las calamidades de la situación, y si hubiera querido tomar alguna parte en los sucesos, hubiera aconsejado la elección del camino más corto para llegar al resultado que le parecía inevitable, es decir, el restablecimiento de los Borbones. Respondió con una voz debilitada por el desaliento más aún que por el estado de su salud, que sabía por experiencia cuanto tiempo podía defenderse una gran capital contra un enemigo poderoso, pero que ignoraba los recursos que se habían reunido en torno de la capital, y no podía por consiguiente hablar con un completo conocimiento de causa.

Esta respuesta obligaba forzosamente á dar explicaciones al mariscal Davout, ministro de la guerra y general en jefe del ejército encargado de la defensa de París; y se expresó con bastante dureza y disgusto, dejando ver que este último sentimiento lo producía en él el político intrigante, que en vez de desenlazar sencillamente la situación parecía complacerse en complicarla. ¿Qué era lo que le preguntaban? ¿Querían saber si era posible dar una batalla en los alrededores de París? Por su parte afirmaba que era posible, que había grandes probabilidades de vencer, y que se hallaba pronto á combatir con energía y confianza. En apoyo de su aserto alegó las razones que le asistían y habló

(1) La presente generación ha visto, conocido y respetado á Mr. Clement, miembro de las cámaras durante cuarenta años. Con la ayuda de los recuerdos que ha conservado de esta escena y que ha tenido la bondad de escribir para mí, he logrado rectificar la mayor parte de las reseñas contemporáneas que de ella se han hecho. Como estaba presente y era un hombre altamente veraz, como por otra parte no tenía ningún motivo para alterar los hechos, creo mi relación rigurosamente exacta y la que más se acerca á la verdad absoluta.

como un hombre práctico que sin estar acostumbrado á perorar expresa bien lo que conoce á fondo. Su discurso produjo un efecto considerable á su auditorio. «Así, pues, añadió, si la cuestión estriba solamente en la posibilidad de dar y de ganar una batalla, declaro que estoy dispuesto á darla y que espero ganarla. Por lo tanto opongo un mentís formal á los que divulgan que me niego á combatir porque creo imposible toda resistencia; declaro aquí lo contrario, y pido que conste mi declaración.»

El rostro de Mr. Fouché que cambiaba muy poco de color, se puso más pálido de lo que estaba, y en gran aprieto por las palabras que se dirigían visiblemente á él, replicó con un tono amargo: «Ofrecéis combatir, ¿pero podéis prometer que venceréis?—Sí, exclamó el intrépido mariscal, sí, yo respondo de ello, si no me matan en las dos primeras horas.»

Esta nueva réplica aumentó la apurada situación de Mr. Fouché, quien si hubiese tenido un talento claro, un carácter leal, hubiera debido llevar la cuestión al terreno en que ostensiblemente quería encontrarla el mariscal. Con efecto, la victoria, siempre dudosa á pesar de las más favorables apariencias, no zanjaba la cuestión; porque se aproximaban doscientos mil enemigos para recoger los restos de los ejércitos inglés y prusiano.

Cuando en 1814 quiso Napoleón en Fontainebleau trabar desesperadamente un último combate, todo hubiera acabado, venciendo á los soberanos encerrados en París; todo hubiera acabado al menos por mucho tiempo, puesto que nada había detrás de los enemigos si los derrotaba al pie de las murallas de la capital, y en este caso hubiera quedado triunfante y prodigiosamente engrandecido por la victoria; pero entonces, aun cuando rechazasen á Blücher y á Wellington, tendrían que combatir ocho días después contra el número de enemigos tres veces mayor, y les faltaba Napoleón para dirigir las operaciones. La batalla no decidía nada. Debatida esta cuestión en las filas del ejército, bajo los muros de París y por soldados, podía resolverse una noble desesperación; debatida por ciudadanos, por hombres de Estado en un consejo de gobierno, debía la batalla considerarse como una resolución generosa sí, pero que podía atraer sobre la Francia las más funestas consecuencias.

No sabiendo ó no atreviéndose el duque de Otranto á presentar la cuestión desde el punto de vista conveniente, se hallaba en el mayor aprieto, cuando recibió un socorro imprevisto del hombre que casi todos los días estaba á punto de acusarle de traidor, de Carnot. Este excelente ciudadano acababa de apearse de su caballo y entró cubierto de polvo. Había recorrido los alrededores de París verificando en ellos como ingeniero un reconocimiento completo, y declaró que estaba plenamente convencido de que no era posible arrostrar un ataque de los ejércitos coligados sin exponer á la ciudad y á sus habitantes á un espantoso desastre. Las obras de la orilla derecha no eran tan completas que pudiesen permitir la traslación de todo el ejército á la orilla izquierda; en ésta no había ninguna fortificación, y era de temer, si se alejaban, que cayese la ciudad en las manos del enemigo.

Ahora bien: para arrojar á los prusianos de las alturas

de Meudón era preciso maniobrar, y descubriendo con este motivo á Montrouge y Vaugirard se comprometería la seguridad de París. Por otra parte era inexacto que los ejércitos inglés y prusiano estuviesen imposibilitados de prestarse socorro mutuamente. La estación y la poca profundidad del agua permitían vadear el río por ciertos sitios; los dos ejércitos aliados se ocupaban en establecer comunicaciones por Chatou y Argenteuil, y era posible tener que combatir en la orilla izquierda, no sólo contra el ejército prusiano, sino además contra una mitad del inglés, es decir, contra ochenta mil hombres con cincuenta ó sesenta mil á lo sumo. Las probabilidades eran, pues, dudosas, más dudosas de lo que las creía el general en jefe, y Carnot, hombre que no era sospechoso, porque la vuelta de los Borbones ponía en peligro su cabeza, no se atrevía á aconsejar que se diese á las puertas de París una batalla desesperada.

La opinión de un patriota y de un oficial de ingenieros como Carnot produjo y debía producir un gran efecto en cuantos le escuchaban. El mariscal Soult apoyó los argumentos de Carnot, y dijo que después de haber examinado las obras de la orilla derecha, no las creía completamente tranquilizadoras; que el canal de Saint-Denis no ofrecía un obstáculo invencible á los sitiadores; que no se había preparado nada detrás del canal para oponerles una segunda resistencia, y que si el enemigo forzaba el canal podía entrar confundido con los soldados franceses rechazados en los arrabales de París, mientras que se batían con más ó menos éxito en la orilla izquierda.

Sin embargo, el mariscal Lefebvre, viejo revolucionario á quien disgustaba el restablecimiento de los Borbones, y por lo tanto no quería que el desaliento se extendiese, combatió este dictamen. Por su parte pensaba que podrían completarse en pocos días las fortificaciones de la orilla derecha hasta el punto de hacerlas invencibles, al mismo tiempo que se comenzarían las de la orilla izquierda dándoles una fuerza relativa que permitiese á los soldados alejarse de ellas algunas horas; que quedaban en París muchos brazos por armar, los suficientes para que pudiesen presentarse al enemigo setenta mil hombres de tropas activas; que con éstas fuerzas era casi seguro que se ganaría la batalla, y que ganándola cambiaría de aspecto la situación.

Este modo de ver las cosas era muy sostenible; pero ni Mr. Fouché ni nadie consideraba la cuestión desde semejante punto de vista, es decir, ninguno abarcaba el conjunto de la situación para probar que un triunfo conseguido en las puertas de París no decidiría nada, contribuyendo muy poco á mejorar la suerte del país ó quizás empeorándola. No saliendo la cuestión de la esfera del tecnicismo, y fundándose exclusivamente en la mayor ó menor probabilidad de un triunfo al pie de las murallas de la capital, los militares eran los únicos que parecían competentes. Los personajes del orden civil, que eran los más numerosos, encontrando en el giro que había tomado la discusión un medio de evadirse de la responsabilidad de la determinación que se tomase, manifestaron que siendo la cuestión puramente militar, los militares eran los que debían resolverla, y que por lo tanto era preciso someterla á un consejo especial, compuesto exclusivamente de peritos en la materia.

Este dictamen, cómodo para la mayor parte de los circunstantes, fué adoptado sin dilación, y se acordó que aquella misma noche sería llamado á emitir su juicio un consejo de guerra, compuesto de generales. Esto era eludir y no zanjar la dificultad, porque al hacerla depender de los militares, quedaba siempre, aunque declarasen posible la defensa de París, quedaba, repetimos, por saber si después de operada con éxito la defensa de París se hallaría verdaderamente resuelta la cuestión de la resistencia contra la Europa.

Mr. Fouché, que presentándola francamente hubiera podido resolver acto continuo esta temible cuestión, se ingenió de nuevo para conseguir el doble objeto de producir la resolución que deseaba y hacer recaer su responsabilidad sobre los militares. Por consiguiente, formuló las preguntas destinadas al consejo de guerra del modo más oportuno para forzar, si así puede decirse, la respuesta que debería dar á cada una de ellas. Estas preguntas fueron las siguientes: ¿Cuál es la situación de París desde el punto de vista de sus fortificaciones, de su armamento y de las municiones? ¿Podrían resistirse en el caso de verse atacados simultáneamente por las dos orillas del Sena? En el caso de una derrota, ¿era posible responder de que no tendría consecuencias deplorables para la ciudad y para sus habitantes? De todos modos, ¿cuánto tiempo podría prolongarse la resistencia?

Cuando el consejo de guerra se reunía por la noche en la Villette se supo la noticia de un brillante combate que había tenido lugar por la mañana en Versalles entre la caballería francesa y la prusiana. Advertido el mariscal Davout por el general Grenier, que volvía de inspeccionar las posiciones de los franceses, de que la caballería prusiana se había dirigido hacia Versalles, ordenó al general Exelmáns que corriese á su encuentro y la destrozase. El general Exelmáns, uno de los más resueltos á combatir hasta el último instante, se apresuró á ir en busca del enemigo; emboscó en Rocquencourt al general Piré con los 1.º y 6.º de cazadores, con el 44 de línea, y poniéndose al frente de los dragones avanzó hacia Versalles por el camino de Velizy. La caballería enemiga constaba de dos regimientos de húsares de Brandeburgo y de Pomerania á las órdenes del coronel de Sohr, ascendiendo lo menos á mil quinientos caballos. Descubriéndolos el general Exelmáns delante de Versalles cargó sobre ellos con el 5.º y el 15 de dragones, mientras que el 6.º de húsares y el 20 de dragones á las órdenes del bizarro coronel de Briquerville los cogía de flanco. Impulsados vivamente hacia Rocquencourt y recibidos por el fuego del 44 de línea, por las cargas del 1.º y el 6.º de cazadores, estos dos regimientos fueron enteramente destruídos. Apenas algunos prófugos pudieron llevar al cuartel general prusiano la noticia de su desventura. La infantería prusiana que estaba en Saint-Germain se puso en marcha, pero era demasiado tarde para socorrer á su caballería.

Esta brillante acción, la última después de veintidós años de luchas sangrientas, era un leve consuelo para las desgracias de los franceses, pero no alteraba en nada el fondo de las cosas. El consejo de guerra reunido por la noche en la Villette se alegró mucho del modo con que le presentaban la cuestión, limitándola á un número de puntos determinados, únicos sobre los cuales te-

nían que versar sus explicaciones. Como debía esperarse, las respuestas de las preguntas mencionadas no podían dejar de estar de acuerdo con los deseos del duque de Otranto.

Respecto de las fortificaciones de París declaró el consejo que las de la orilla derecha eran buenas y suficientes, pero que las de la orilla izquierda carecían de importancia. Además reconocía que las municiones eran abundantes. Juzgó poco probable un ataque simultáneo en las dos orillas del Sena por los ejércitos inglés y prusiano, pero si se verificaba, en su concepto era imposible sostenerlo. Sobre este punto había mucho que hablar, porque había probabilidades de que el ataque en la orilla derecha no fuese más que secundario, mientras que podía ser principal en la izquierda. Dejando en este caso la menor parte de las fuerzas francesas en la orilla derecha, debían sesenta mil hombres en la izquierda hacer frente á todas las eventualidades y contener por lo menos al enemigo si no lograban derrotarle por completo. La respuesta acerca de este particular era seguramente controvertible. Con respecto á las consecuencias que acarrearía á la población un ataque de viva fuerza que no hubiera podido ser vigorosamente rechazado, el consejo expuso con sobrada razón que ningún general podía responder de las consecuencias de una batalla perdida. Por último, en lo relativo á la duración de la resistencia que podría oponerse al enemigo, declaró el consejo que era todavía más difícil dar una respuesta satisfactoria á esta pregunta, porque era imposible prever lo que sucedería.

Ninguna de estas explicaciones resolvía la verdadera cuestión, reducida á saber si derrotando á los prusianos y á los ingleses en las puertas de París, se mejoraría suficientemente la posición de los franceses respecto de los rusos, de los austriacos y de los alemanes, para no tener que arrepentirse de haber librado la batalla. Pero el consejo, consultado sobre puntos precisos, había dado respuestas convenientes, y excepto una, completamente exactas. Por lo demás estas respuestas bastaban al sutil presidente del gobierno provisional. Desde el momento en que los hombres competentes declaraban que la orilla izquierda de París se hallaba enteramente descubierta, que no podría ser rechazado un ataque simultáneo en las dos orillas, que no podían prevverse las consecuencias que este ataque acarrearía á la población y que la duración de la resistencia no sería en todo caso más que muy temporal; desde este momento, decimos, era evidente la conclusión que debería sacarse de la situación. No había más remedio que negociar, negociar á cualquier precio: este era el único recurso. Carnot, el verdadero adversario que en el seno del gobierno provisional tenía Mr. Fouché, carecía de derecho en lo sucesivo para rebatir esta conclusión, puesto que contra el mariscal Davout había sostenido que era imposible la resistencia. Grenier le había apoyado; Quinette no era militar, y en cuanto al último miembro de la comisión, Mr. de Caulaincourt, pensaba que destronado Napoleón no había más remedio que recibir á los Borbones bajo las condiciones menos malas. Logrando como deseaba Mr. Fouché que cargasen los militares con la responsabilidad de la solución, declaró que en el estado á que habían llegado las cosas, no quedaba más que un recurso, continuar la negocia-

ción del armisticio. Además de las nuevas instrucciones que se enviaban á los comisarios que habían escrito pidiéndolas desde el cuartel general, era fácil entenderse directamente con Blücher, toda vez que luchaban con él en la orilla izquierda del Sena. Un parlamentario enviado á las avanzadas entre Vaugirard é Issy, podía conseguir una transacción del modo más natural y más conforme con las reglas de la guerra. Obrando de este modo lisonjaban á Blücher, que se mostraba envidioso del duque de Wellington, y como no se dudaba de la moderación de este último, siempre dispuesto á adoptar el dictamen más razonable, lisonjear al general prusiano el menos dócil, con un paso sumamente motivado desde el punto de vista militar, era observar una conducta oportuna, y en aquella situación, no más humillante que lo demás de cuanto sucedía.

Pero antes de enviar un parlamentario á las avanzadas prusianas, Mr. Fouché, siempre afecto á las comunicaciones clandestinas, quiso enviar á su vez el coronel Macirone al duque de Wellington y el general Tromelin al mariscal Blücher para saber confidencialmente y con precisión las condiciones bajo las cuales sería posible la conclusión de un armisticio. Deseaba además saber definitivamente si había necesidad de resignarse á aceptar á los Borbones, y en este caso que los dispusieran á hacer las concesiones necesarias para facilitar su restablecimiento. Aconsejaba al duque de Wellington (el único de los dos generales enemigos capaz de comprender estas consideraciones políticas) que no se apresurase á entrar en París, que les diesen tiempo para calmar las pasiones, que tratasen con miramiento al ejército, que no le arrebatasen su bandera tricolor, que diesen algunas satisfacciones á las cámaras, que les otorgasen la iniciativa que deseaban, que no las separasen del desempeño de sus funciones, y por fin que proclamasen el olvido de todo lo que había pasado antes y después del 20 de marzo. De este modo, decía Mr. Fouché, se vencerán las dificultades del momento, y servirán de instrumento para restablecer á los Borbones los mismos que parecen más resueltos á rechazar su dominación. Estas comunicaciones debían ser transmitidas al duque de Wellington por el coronel Macirone. Mr. Tromelin no debía entrar en tantos detalles con Blücher: su misión se reducía á saber con exactitud bajo qué condiciones podían llegar á entenderse con este implacable prusiano.

El 1.º de julio por la noche fué cuando el consejo de guerra formuló su dictamen, y el 2 por la mañana tomó su resolución el gobierno provisional. Los dos enviados Mr. Macirone y Mr. Tromelin se pusieron en camino el 2 por la tarde, dirigiéndose el primero á Gonesse y el segundo á Saint-Cloud. El coronel Macirone fué detenido por las avanzadas inglesas hasta el día siguiente por la mañana. El general Tromelin logró pasar las avanzadas prusianas y pudo llegar hasta la presencia del mariscal Blücher, quien vió con gran satisfacción que al fin pensaban en él. Después de conocer el general prusiano la dificultad de su situación en la orilla izquierda del Sena, en donde todavía no podían auxiliarle los ingleses, no deseaba otra cosa que entrar en negociaciones y resolver por sí mismo la cuestión, para quitar á los austriacos, á los bávaros y á los rusos, que se acercaban, toda participación en la gloria de esta